

## El Caso Miliband y el giro a la izquierda de su hijo Ed

Tariq Ali, Lindsay German....

20/10/2013



### Cuando ataca la prensa amarilla

El único objetivo del asalto a la reputación de Ralph Miliband era castigar y desprestigiar a su hijo Ed. La maniobra, organizada por el *Daily Mail* y por su editor —un reptil que antiguamente Blair y Brown cortejaban con diligencia—, les ha salido como tiro por la culata. Originariamente fue diseñada para desacreditar al hijo menor mediante un bombardeo con los “pecados del padre”. Sin embargo, la respuesta vehemente de Edward Miliband ha unido a la mayor parte del país en su defensa y contra el tabloide. Si Ralph hubiera estado vivo, habría encontrado el inesperado consenso extremadamente divertido.

Los tories y los liberal-demócratas han expresado claramente su desacuerdo con el *Mail*. Jeremy Paxman, en las noticias de la noche de la BBC, mostró ejemplares antiguos del *Mail* con sus titulares pro-fascistas (“Arriba los Camisas Negras” fue el más señalado). Dos antiguos miembros del gabinete Thatcher han defendido la memoria de Miliband y Michael Heseltine ha recordado a los ciudadanos que fueron la Unión Soviética y el Ejército Rojo quienes posibilitaron la victoria contra las fuerzas del Eje. Finalmente, una encuesta de opinión auspiciada por el *Sunday Times* ha revelado que el 73 por ciento de la opinión pública apoya a Ed Miliband frente al periodicucho de Rothermere. ¿Han obligado, quizás, estas figuras a que el *Mail* contratara a un escritorzuelo para llevar a cabo la campaña con un estilo ligeramente más “sofisticado”, pero repleto de calumnias y difamaciones? Si despiden pronto a Paul Dacre y lo envían a su inmensa hacienda en Irlanda, la historia tendrá un final hollywoodiense. El triunfo del bien sobre el mal, se podría decir, empleando el lenguaje de tabloides y políticos en estos tiempos aciagos.

La demonización de Ralph Miliband pone sobre la mesa ciertas cuestiones que tanto la prensa tory como la liberal han tratado siempre de vadear. Éstas tienen mucho que ver con las ideas políticas de Miliband sobre Gran Bretaña, sus instituciones políticas y el resto del mundo; sobre el contexto de la originaria adicción de Lord Rothermere por Mussolini y por Hitler y su prole inglesa en Gran Bretaña (Oswald Mosley y su cuadrilla, por ejemplo, aunque no sólo ellos) hasta septiembre de 1939; y sobre la cuestión del patriotismo y su paralelismo con las ideas de izquierdas.

La popularidad que el fascismo cobró en la derecha no estaba restringida a, ¡ay!, los Rothermere o los Mitford. La seguridad de clase del conservadurismo europeo se vio amenazada por la Revolución Bolchevique de Rusia en 1917, cuyo objetivo declarado era destruir el capitalismo global. El miedo asedió los pasillos del poder en todas las capitales y la presencia de numerosos marxistas de origen judío, tanto en el partido Bolchevique como en el Menchevique, alimentó el antisemitismo en toda Europa. El impacto del triunfo de las camisas negras fascistas en Roma, cinco años después de la victoria bolchevique, no debería ser

subestimado. Con raras excepciones, la derecha europea, incluyendo sus sectores liberales, saludó dicho triunfo como un grandioso éxito para la civilización occidental, y lanzó un enorme suspiro colectivo de alivio. El capitalismo había encontrado sus propias tropas de choque.

Algunos distinguidos editores de lengua inglesa en Londres (Hutchinson) y en Nueva York (Scribners) publicaron la *Autobiografía* de Mussolini en distintas ediciones: la introducción, obra de Richard Child, un antiguo embajador de EE. UU. en Italia y entusiasta fascista que contribuyó a la redacción del libro como negro literario, elogiaba al dictador en un lenguaje extravagante como uno de los “líderes estadistas del mundo”. Hasta el final de sus días, el caudillo fascista citaba de memoria lo que Winston Churchill había dicho en una visita a Roma cinco años después del triunfo de sus escuadristas en 1927:

*“No puedo evitar sentirme encantado, como ha ocurrido a tantas otras personas, con los modales delicados y sencillos y con el porte distante y calmado del Signor Mussolini, a pesar de tantas preocupaciones y tantos peligros. Cualquiera podría darse cuenta de que Mussolini no pensaba en otra cosa que en buscar el bien del pueblo italiano, tal y como él lo entendía. Ningún otro interés suscitaba mayor importancia para él. Si yo hubiera sido italiano, estoy seguro de que le habría apoyado con todo mi corazón, de principio a fin, en su lucha triunfante contra los apetitos y las pasiones brutales del leninismo”.*

Churchill explicó que la significación internacional del fascismo radicaba en su capacidad para movilizar a las fuerzas sociales afines en contra del enemigo común:

*“Italia nos ha mostrado que existe una forma de luchar contra las fuerzas subversivas que puede congregarse a las masas, lideradas correctamente, con el fin de valorar y defender el honor y la estabilidad de la sociedad civilizada. Nos ha proporcionado el antídoto necesario contra el veneno ruso. De aquí en adelante ninguna gran nación carecerá del medio último de protección contra el crecimiento canceroso del bolchevismo”.*

Aquí lo tenemos sin cabida a confusión. El fascismo era un baluarte necesario contra la amenaza de la revolución comunista. Todo esto se había escrito y hablado mucho antes de las abominables purgas de Stalin y las hambrunas producidas por la industrialización forzosa. Se convirtió en el leitmotiv de la derecha continental. Además, explica, entre otras cosas, la facilidad con que el gobierno de Vichy colaboró con el Tercer Reich tras la ocupación de Francia en 1940.

Los políticos Británicos —Chamberlain, Halifax, Butler y compañía— quienes más tarde serían denunciados como “apaciguadores”, eran, de hecho, mucho más representativos de la élite anglo-europea que los que rápidamente cambiaron de parecer en el último momento al darse cuenta de que ni Hitler accedería a un reparto equitativo del continente y sus colonias, ni haría el favor a Londres de atacar a la Unión Soviética antes de conquistar el resto de Europa. Eso fue lo que hizo que la guerra se volviera inevitable.

A Churchill nunca le tembló la mano a la hora de explicar las contradicciones primarias y secundarias de su política. Su prioridad estratégica era defender los intereses de Gran Bretaña. Era el defensor más consistente y elocuente de las colonias, como otros lo habían sido en la élite imperial. En 1933, el Secretario de Estado Británico para la India, L. S. Amery, explicó con mucha calma a sus compañeros parlamentarios, sin suscitar ninguna tormenta de protestas, porqué habría sido hipócrita por parte de Gran Bretaña oponerse a la ocupación japonesa de Manchuria:

*“Confieso que no veo ninguna razón por la que, sea en acto o palabra, o por compasión, debemos posicionarnos individualmente o intencionalmente en contra de Japón en esta cuestión. Japón ha formulado una acusación de gran peso basándose en realidades fundamentales... ¿quién de nosotros podría tirar la primera piedra y decir que Japón no debería haber actuado con el objetivo expreso de establecer la paz y el orden en Manchuria y defenderse de las agresiones continuas del vigoroso nacionalismo chino? Toda nuestra política en la India o en Egipto podría ser condenada si nosotros condenamos a Japón”.*

Los líderes imperialistas de principios del siglo XX eran menos propensos al doble rasero que los nuestros. En una fecha tan tardía como 1939, Churchill, en su colección de ensayos *Grandes Contemporáneos*, no vio razón alguna por la que sus reflexiones sobre *Mein Kampf* y su autor no debieran reeditarse:

*“La historia de esa lucha no puede leerse sin admiración por el coraje, la perseverancia y la fuerza vital que le permitió desafiar, desacatar, conciliar o vencer a toda autoridad o resistencia que se interpusiera en su camino... Siempre he dicho que si Gran Bretaña fuera derrotada en la guerra, desearía encontrar a un Hitler que nos devolviera a nuestro lugar legítimo entre las naciones.”*

Los banqueros y hombres de negocios estadounidenses y británicos estaban en la línea del frente dotando de armas al Tercer Reich como “baluarte contra el bolchevismo” (tal y como explicó Lloyd George, imitando a Churchill). El Gobernador del Banco de Inglaterra no escatimó palabras: los préstamos británicos a Hitler deben verse como una “inversión contra el bolchevismo”. Éste fue el posicionamiento común de las élites en aquellos momentos. “No podemos y no debemos oponernos a la reivindicación alemana de igualdad de derechos en términos de armas. Tendremos que enfrentarnos al rearme de Alemania”, declaró el Secretario de Asuntos Exteriores británico, Sir John Simon, el 6 de febrero de 1934. Un mes después el presidente de Vickers Limited justificó así las ventas a la Alemania fascista: “No puedo asegurarlo en términos concretos, pero sí puedo garantizar que nada se está llevando a cabo sin la aprobación y autorización de nuestro gobierno”. [*War is Terribly Profitable* por Henry Owen, Londres, 1936.] Siempre fue así.

Ésta era la atmósfera en la que el *Daily Mail* y otros tabloides (por no mencionar a Geoffrey Dawson en *The Times* o al rey Eduardo VIII en palacio) manifestaron distintos grados de afecto y simpatía por el Tercer Reich. Aún más, éste fue el contexto que explicó la atracción de muchos intelectuales y trabajadores británicos (incluyendo a los camaradas Philby, Burgess, Maclean, Blunt y otros) por el comunismo, como única fuerza capaz de vencer a los nazis. En esto, como recordó Heseltine al país, no estaban tan equivocados. Curiosamente, a Ralph Miliband, al contrario de lo que afirmaban las difamaciones de Tom Bower en un número reciente del *Sunday Times*, nunca le atrajeron los partidos comunistas ni los grupos situados más a su izquierda. Tampoco fue partidario de la lucha armada en América del Sur, pese a que era ferozmente hostil a las dictaduras militares apoyadas por los EEUU en la región.

Los levantamientos estudiantiles de 1968-9 dieron con él en la *London School of Economics* (LSE). Su reacción inicial, como la de Jurgen Habermas en Alemania, fue calificar (en una carta privada) la ocupación de la LSE por ciertos radicales como un acto de “fascismo de izquierdas”. Miliband desaprobó enérgicamente la idea de que los estudiantes eligieran a sus profesores. Cuando se le comunicó que iba a ser elegido por amplia mayoría, no le hizo mucha gracia. Cambió de idea tras los arrestos masivos y la expulsión de Robin Blackburn; entonces escribió que “el *Oakeshottismo sofisticado es una costra muy delgada: cuando se agrieta, como ha ocurrido aquí, emerge un tipo de conservadurismo más bien feo y visceral*”. Más tarde me confesó que uno de sus grandes pesares era no haber dimitido del LSE inmediatamente después de que expulsaran a Blackburn.

Era un académico marxista ferozmente independiente que podía ser igualmente mordaz con las distintas izquierdas radicales (me habló con mucha severidad en los 70 cuando le dije que la revolución mundial no era una utopía) como con las socialdemócratas. Su trabajo clave sobre Gran Bretaña fue *El Socialismo Parlamentario* (1961), en el que habló de la “enfermedad del laborismo”, sin dejar ninguna duda acerca de sus posiciones. Más tarde se mostró profético sobre lo que el futuro podía verdaderamente traer con el colapso de la izquierda, cuando escribió en 1989:

*“Sabemos lo que este inmenso proceso histórico ha llegado a significar para los enemigos del socialismo en todo el mundo: no sólo la inminente desaparición de los regímenes comunistas y su substitución por otros capitalistas, sino la erradicación de cualquier tipo de alternativa socialista al capitalismo. Con esta ponzoñosa perspectiva del poco esperado desvanecimiento de una antigua pesadilla, lo que sigue de forma natural es la celebración del mercado, de las virtudes de la libre empresa y de la avaricia ilimitada. Tampoco queda restringida a la derecha la creencia cada vez mayor de que el socialismo, entendido como una transformación radical del orden social, ha visto su final: los apóstoles de los “nuevos tiempos” en la izquierda han acabado albergando la misma creencia. Todo a lo que hoy en día podemos aspirar, a ojos del “nuevo realismo”, es a una gestión más humana del capitalismo, el cual, de cualquier modo, está siendo transformado de raíz”.*

Las ideas políticas de Miliband estaban bien lejos de las de sus hijos. Pretender cualquier otra cosa es una sandez. Ralph no era un conservador unionista que creyera en una “justicia social” parcelada. Fue un socialista anti-capitalista acérrimo hasta el final de sus días. Mantenía una relación muy estrecha con sus dos hijos, estaba orgulloso de sus logros, pero como cualquier otro refugiado emigrante lo habría estado —“los chicos lo han hecho bien en un país extranjero”—, de ninguna manera en un sentido político. Aborrecía al New Labour y en nuestras últimas conversaciones describía a Blair como un “hombre teflón”. Ni él ni su mujer Marion (una socialista y feminista con ideas igualmente firmes) intentaron nunca imponer su visión política a los chicos. Dado su poca paciencia, sin embargo, me pregunto si esta contención política paternal habría sobrevivido a la guerra de Iraq. Lo dudo mucho.

¿Qué ocurre entonces con el patriotismo? ¿Difiere en algo del nacional-chovinismo, del jingoísmo, etc.? ¿Tienen la misma connotación para una nación ocupada que para el poder ocupante? Hace unas décadas, me enfrenté a tres periodistas en el programa “Confronta la Prensa” del canal *Tyne Tees* en Newcastle. El más derechista de ellos, Peregrine Worsthorne del *Sunday Telegraph*, enojado por lo que yo estaba diciendo, me interrumpió:

“¿La palabra patriotismo tiene algún significado para gente como usted?”

“No”, respondí, “a mis ojos un patriota es poco más que un esquírol del internacionalismo”.

Desconcertado, refunfuñó, “buena frase”.

De hecho, había robado la sentencia a Karl Liebknecht, el socialista alemán, que la empleó cuando explicó su voto en contra de los créditos de la guerra en el parlamento alemán, en 1914.

Ralph Miliband, como muchos anti-fascistas, se unió a las fuerzas armadas en la Segunda Guerra Mundial. Se opuso a las guerras de Korea y Vietnam y habló alto y claro en contra de la expedición a las Islas Malvinas. Un vistazo rápido al *Socialist Register*, la revista anual que fundó en 1964, revela el fuerte internacionalismo que defendía. El texto de Marcel Liebman sobre “el significado de 1914” merecería una reimpresión, ahora que Gran Bretaña se prepara oficialmente para celebrar el centenario de la carnicería que fue la Primera Guerra Mundial. Ralph siempre agradeció (según sus propias palabras) que Gran Bretaña les ofreciera asilo a él y a su padre, refugiados judíos huidos de la Bélgica ocupada, en 1940. A pesar de ello, siempre fue un bicho raro, un crítico severo de la élite dominante británica y de sus instituciones, así como del Partido Laborista y de los sindicalistas ennoblecidos por la Reina. Mejor será que lo dejemos todos aquí...

**Tarik Ali**, miembro del consejo editorial de Sin Permiso, acaba de publicar *The Obama Syndrome* (Verso)

Traducción para [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info): Vicente Abella

<http://www.counterfire.org/index.php/articles/opinion/16725--when-tabloids-attack-laffaire-miliband>



### El nuevo reformismo laborista: un espacio para la izquierda

Ed Miliband ha pasado un verano de perros, asediado por los debates sobre la financiación sindical al Partido Laborista, sus bajos índices de popularidad y una serie de ataques repugnantes de los Blairites en el gobierno en la sombra, que no pueden perdonarle haber derrotado a su hermano para convertirse en el líder del partido hace tres años.

Todo se ve muy diferente ahora. En las últimas semanas, Miliband ha reaparecido triunfante en la escena política - ¡horror de los horrores! - criticando las políticas del gobierno de coalición, y

ha descubierto que no le ha hecho el menor daño. La necesidad de oponerse a los impopulares conservadores y sus miserables aliados demócratas-liberales debería ser obvia para los laboristas. Sin embargo, hasta ahora han hecho muy poco para romper el acogedor consenso parlamentario de los principales partidos.

### Siria

Pero el verano ha cambiado el panorama. Primero fue la votación sobre Siria: el rechazo de Miliband a respaldar una apresurada votación en agosto sobre si Gran Bretaña debería participar en un ataque aéreo contra Siria marcó un punto de inflexión. Los laboristas descubrieron que el rechazo era inmensamente popular entre la opinión pública, fuertemente anti guerra desde hace más de una década. También obligó a Obama a trasladar la decisión de EE.UU. al Congreso, y su probable rechazo le obligó a posponer la intervención directa.

Luego hubo la promesa muy ambigua de Miliband de congelar los precios de la energía durante 20 meses en caso de ser elegido en 2015. Las compañías de energía y quienes las apoyan en las filas conservadoras y los medios de comunicación reaccionaron con una furia predecible ante la menor reducción en sus beneficios. Pero planteó la cuestión de un cierto control sobre las grandes empresas, y de alguna manera, aunque fuese pequeña, comenzó a desafiar la idea de que no hay alternativa al consenso neoliberal.

La tercera y quizás más sorprendente posición política de Miliband ha sido su decisión de hacer frente al *The Daily Mail* tras su repugnante artículo sobre su difunto padre, el académico marxista Ralph Miliband. La intransigencia de *The Daily Mail* y el choque contra una puerta de su reportero en un funeral en memoria de su tío, se han traducido en una clara mayoría en una encuesta de la semana pasada que pide que el periódico se disculpe.

### Fractura

Todo ello sumado no sólo ha producido la creciente sensación entre los trabajadores de que necesitan unas políticas claras que se diferencian de las de los conservadores. También demuestra que hay signos de fisuras en el consenso político del *establishment* que ha sido hegemónico durante tanto tiempo.

Durante más de una década, las encuestas han mostrado que la gran mayoría de los trabajadores tienen posiciones más a la izquierda que las de los partidos mayoritarios en toda una serie de cuestiones. Especialmente en lo que se refiere al apoyo a la nacionalización y el rechazo de las privatizaciones, la oposición a la guerra, una sanidad pública (NHS) financiada en su totalidad por el estado, y el deseo de reducir la desigualdad. Ha habido, por lo tanto, un desfase importante entre las actitudes populares y su representación política. Incluso la fisura más pequeña de este consenso tiene el efecto de hacer que diferencias relativamente menores aparezcan como mayores de lo que en realidad son.

El debate que han suscitado abre posibilidades para la izquierda. Por primera vez en años, los medios de comunicación y amplios sectores de la sociedad están interesados en debates ideológicos que han tendido a ser del dominio exclusivo de pequeños grupos. Cuando Miliband es acusado de tratar de proponer medidas socialistas, o incluso de ser un marxista inconfeso, la cuestión tiene un alcance masivo, aunque sea de forma distorsionada. La intransigencia de las compañías de energía, y la amenaza de los Tories de privatizar el servicio de correos, plantea la discusión sobre la nacionalización y la propiedad pública.

Hay muchas razones para ser escépticos sobre Miliband: la historia reciente del laborismo, su incapacidad para llevar a cabo reformas importantes en los últimos años, su defensa de las políticas de austeridad y las intervenciones militares que no difiere en lo esencial de los conservadores, su posición muy débil en materia de inmigración. Tampoco defiende Miliband una ruptura real con el pasado de Blair. Hace muchos años que repudió el tipo de socialismo que defendía su padre, Ralph Miliband, y no hay ninguna razón para suponer que ha cambiado de opinión.

Sin embargo, también es un error actuar como si nada hubiera cambiado, cuando es evidente que hay al menos una percepción distinta de las diferencias más generales entre los dos principales partidos y es probable que siga siendo así hasta las elecciones de 2015. Esto significa que algunas personas que abandonaron el Laborismo como consecuencia de la guerra de Irak puede pensar ahora en volver a apoyarlo, y que incluso las muy limitadas

reformas que ofrece Miliband puedan ejercer algún atractivo en ausencia de cualquier otra alternativa electoral de izquierda.

### El desafío del reformismo

La reacción equivocada es limitarse a decir, como hace parte de la izquierda, que todo esto es reformismo sin intentar pensar que tipo de relación tiene que mantener con él. Lo que se convierte en una profecía autocumplida, en la que el reformismo es siempre dominante y los pequeños grupos de revolucionarios son siempre incapaces de plantear una alternativa que no sea en los términos más abstractos.

En su lugar, debemos comprender que Miliband ha avanzado en la dirección que lo ha hecho, en primer lugar, porque según las encuestas temas como las empresas de energía o la guerra son profundamente impopulares. Ha cosechado un beneficio personal y político al enfrentarse a Cameron sobre ellos. También ha tomado nota de las diversas protestas sobre otras cuestiones, desde el "impuesto dormitorio" hasta la manifestación en defensa del NHS en Manchester, y el creciente nivel de descontento entre los simpatizantes tradicionales del Laborismo sobre estos y otros temas.

Los conflictos obreros también está empezando a crecer después de la batalla de las pensiones hace casi dos años. Los trabajadores de Hovis, en Wigan, han ganado su batalla contra los contratos temporales, los profesores están haciendo con éxito huelgas y manifestaciones por sus salarios, los bomberos están también en huelga y existe la posibilidad de un gran conflicto salarial en el NHS.

Es imposible predecir cómo las cuestiones políticas influyen en las luchas obreras, y con frecuencia la relación es compleja, pero es probable que muchos trabajadores se vean alentados por una diferenciación clara entre los conservadores y los laboristas. En cualquier caso, el éxito de las huelgas combativas también ejercerá presión sobre el Laborismo al recordar que los miembros del sindicato tienen muchas reivindicaciones que quieren conseguir.

Todo ello subraya la importancia del frente único, en general, - del trabajo conjunto de todas las izquierdas en campañas específicas que puedan avanzar los intereses de la clase obrera - y de la [Asamblea del Pueblo](#), en particular.

La Asamblea está teniendo gran éxito en la creación de un gran movimiento unido contra la austeridad y sin duda ayudará a cambiar el panorama político en la izquierda y los sindicatos. Tiene que ser construida como un movimiento independiente y democrático que puede movilizar antes de las elecciones y después.

Las recientes declaraciones de Miliband han hecho al Laborismo un poco más atractivo para algunos sectores de la izquierda, abriendo mayores oportunidades a la izquierda para movilizar y hablar de política. Entender esta contradicción, y actuar sobre ella, será una prueba de fuego para los socialistas en los meses venideros.

**Lindsey German** es una veterana feminista marxista británica, autora entre otros libros de *Material girls: Women, men and work*; *Sex, class and socialism* y *A People's history of London*.

Traducción para [www.sinpermiso.info](http://www.sinpermiso.info): Enrique García

<http://www.counterfire.org/articles/analysis/16711-labours-new-reformism-a-space-for-the-left>

**sinpermiso** electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. No recibe ningún tipo de subvención pública ni privada, y su existencia sólo es posible gracias al trabajo voluntario de sus colaboradores y a las donaciones altruistas de sus lectores. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una [DONACIÓN](#) o haciendo una [SUSCRIPCIÓN](#) a la [REVISTA SEMESTRAL](#) impresa.

<http://www.counterfire.org>